

**EL CAMBIO POLÍTICO DESDE ABAJO (1962-1976).**  
**UNA PERSPECTIVA TEÓRICA Y METODOLÓGICA<sup>1</sup>**

**Xavier Domènech Sampere**

Esta comunicación se mueve entre el campo programático de la historia social, como discusión de ese conjunto de decisiones valorativas que llevan a discernir la relevancia de aquello que se quiere y se debe investigar, y una serie de reflexiones heurísticas que creo pueden resultar de interés para la investigación del cambio político durante el franquismo y la transición. Es así un texto de carácter reflexivo sobre la investigación histórica, no un trabajo de elaboración de la misma, lo que no quiere decir que no tenga su tramado de fondo en investigaciones realizadas sobre este período y en el sentido propuesto aquí.<sup>2</sup>

**1- El cambio político en el franquismo: posturas.**

El franquismo es el único régimen nacido de la Europa de entreguerras que no cayó por el efecto de la misma guerra. De hecho el factor de cambio en todos los otros casos homologables al franquismo es exógeno, catastrófico y definitivo para los regímenes desaparecidos después de la Segunda Guerra Mundial. Nos encontramos así prácticamente huérfanos de una perspectiva comparada para comprender la evolución y desaparición del régimen franquista<sup>3</sup>. Ante esta realidad han emergido diferentes explicaciones para

---

<sup>1</sup> Esta comunicación reproduce un pequeño fragmento de las reflexiones de carácter heurístico que, gracias a la amable invitación del Institut Universitari d'Història Jaume Vicens Vives, pude desarrollar en el marco de un curso de doctorado donde los estudiantes plantearon numerosos interrogantes que me han sido de enorme ayuda. Vaya por delante así mi doble agradecimiento.

<sup>2</sup> Una síntesis de las investigaciones que ilustran, desarrollan y se encuentran en la base de estas reflexiones en: Xavier DOMÈNECH, "El cambio político (1962 – 1976). Materiales para una perspectiva desde abajo", *Historia del Presente*, número 1, 2002, pp. 46 – 67. Para aligerar el aparato crítico de esta comunicación las referencias interpretativas genéricas se encontraran detalladas en este artículo, aquí sólo las citaremos cuando se aluda a una autor concreto.

<sup>3</sup> Aunque en realidad esto afecta más a la falta de perspectivas comparadas sobre el fin del régimen que no a su desarrollo. A pesar de la insistencia de gran parte de los investigadores en el sentido que el régimen franquista no es homologable al resto de experiencias fascistas, en la historia comparada encontraremos muchos elementos para comprender procesos que han sido señalados precisamente como específicos del franquismo. Así, veremos como es algo común a todos los fascismos históricos la construcción final del partido único en el proceso de toma del poder, agrupando a una amplia base social reaccionaria que producirá, también en todos los casos, tensiones entre esta amplia base y las camisas viejas de cada régimen; o la supeditación de todo proyecto fascista, en el proceso de toma de poder, al estado fascista con la

comprender la dinámica de los procesos políticos durante el franquismo y la transición. Paradigmas interpretativos, profundamente imbricados con las posturas tomadas en el debate matriz de toda historiografía sobre el franquismo (el de la naturaleza del propio régimen que aquí no podemos desarrollar en sus múltiples conexiones con el debate sobre el cambio político), que se podrían dividir, simplificando, en dos grandes bloques: aquellos que defienden la centralidad de los factores endógenos, como explicativos de la dinámica del régimen y aquellos que, en cambio, entreven la primacía de los factores exógenos para explicar el devenir del régimen. Valga decir que esta división no es homogénea, en muchos casos los diversos enfoques se mezclan en las propuestas específicas de cada investigador o escuela interpretativa, y aspectos como el papel que se atribuye a la modernización económica o a los sujetos colectivos también son vértices determinantes en las diferentes posturas.

Así podemos encontrar, entre aquellos que defienden más vehementemente el carácter específico del franquismo, una explicación del cambio político a partir de las luchas entre las diferentes familias ideológicas –o grupos de interés– del régimen. En este caso la dialéctica establecida entre los grupos liberalizadores y los puristas dentro del sistema político, explicaría la evolución política del período en un sentido liberalizador y, finalmente, la transición tal como se dio gracias a la institucionalización de la opción monárquica en el seno del propio régimen. O en negativo, la que no altera el papel primordial otorgado a estos factores, el fracaso en los proyectos de una institucionalización liberalizadora a lo largo de los años sesenta (Ley de Prensa, Ley Sindical, Ley Orgánica, etc.), conjuntamente con la instauración de la sucesión monárquica en la figura de Juan Carlos I, explicarían la dinámica política del período. Dentro de estas explicaciones, extremadamente endógenas en cuanto a la priorización de los factores concurrentes en la dinámica política, encontraremos en realidad una gran diversidad de matices y posturas. Desde los apologetas del Opus, que nos hablarían de una democratización ya prevista por

---

desideologización que conllevó; o el respeto que todos los estados fascistas mostraron a la autonomía de la iglesia (aunque en el caso del franquismo, como fascismo nacionalcatólico, esto no puede entenderse, a diferencia del resto de fascismos, como un elemento limitativo de su carácter totalitario). Si acaso estos procesos se dieron de forma más amplia en el franquismo, con el desarrollo d'una tecnocracia fuera de la coalición de origen, o los ensayos de sustitución de la legitimidad de origen por una legitimidad de ejercicio, precisamente por su mayor prolongación temporal.

los tecnócratas monárquicos desde finales de los años cincuenta como correlato necesario de la modernización económica impulsada por ellos, hasta aquellos que explicarían los efectos involuntarios y no deseados de esta dinámica para explicar el cambio político. De hecho, en esta última postura encontraríamos la explicación hegemónica, no tanto dentro de la academia como entre los intelectuales orgánicos de la sociedad, sobre la dinámica del franquismo y la transición. Ésta vendría a postular, que la acción de los elementos liberalizadores del régimen habría llevado involuntariamente al desarrollo de las fuerzas modernizadoras del libre mercado transformado la sociedad española, con la emergencia de unas nuevas clases medias moderadas y moderadoras y una nueva clase obrera economicista plenamente integrable dentro de las reglas del juego de la democracia occidental. Al mismo tiempo, la necesidad de integrar a España plenamente en los circuitos capitalistas supranacionales, significadamente en el Mercado Común, habría supuesto un motivo de consenso entre las diferentes clases sociales y un factor de presión democratizadora. De hecho, esta explicación, se mantiene de forma compleja en el vortice que marca la línea entre una historia donde la dinámica establecida por las elites políticas es primordial para explicar el desarrollo histórico y una historia economicista de carácter estructuralista un tanto sofisticada.

El problema que plantean estas explicaciones para cualquier intento de integrar los sujetos colectivos, y sobre todo cuando nos referimos a las clases populares, reside en que o bien son absolutamente refractarias a los mismos, o bien sólo los podemos integrar como sujetos pasivos, como espectadores del proceso histórico. Lo que no significa que no haya una verdadera voluntad de introducirlos en la narración histórica, como se puede observar en las tendencias historiográficas más recientes a las cuales nos referiremos más adelante. Y es que, cualquier explicación que se aprecie como integral no puede pretender triunfar a la larga dejando campos vírgenes de la realidad para explorar. Más cuando estos campos son la base para el rearmamento de las explicaciones alternativas.

Frente a estas interpretaciones del cambio político durante el franquismo, aparece una poderosa historiografía alternativa que tiene sus orígenes en aquellos que han defendido el carácter fascista del régimen franquista. Para estos, el cambio político del régimen ya en sus

orígenes se produjo a partir de la necesidad de adaptarse a un mundo donde los aliados del franquismo habían sido derrotados durante la Segunda Guerra Mundial. Nada de voluntad propia había así en su moderación inicial. Y sí, la modernización económica fue uno de los factores que explican la transformación política española, pero ésta no fue producto de un régimen que se constituyó en su principal freno y que, solamente cuando era absolutamente necesario para su propia pervivencia, realizaba las mínimas operaciones para incentivarla. Es más, si la modernización fue un factor clave para comprender el cambio en las actitudes políticas, lo fue como factor marco, impregnando a los sujetos sociales y conformándolos en su realidad material. Realidad desde la cual construyeron, por interacción, nuevas redes relacionales, culturas sociales, formas de acción colectiva y nuevos valores democratizadores. De hecho, para este tipo de interpretaciones, el cambio en y del régimen tendrá como factor principal la acción colectiva como espacio de confrontación y punta de lanza de unas transformaciones que afectaban al modo de vida bajo el franquismo. Todo esto desde el principio *“que las ideas y los valores están situadas en un contexto material, y las necesidades materiales están situadas en un contexto de normas y expectativas; y de que uno da vueltas a este multilateral objeto social de investigación. Desde una perspectiva es un modo de producción, desde otra un modo de vida”*<sup>4</sup>. Será desde este núcleo que el citado paradigma, aún en construcción, afrontará la dialéctica entre factores exógenos, siempre primordiales, y endógenos para comprender el cambio político.

No hace falta indicar que este paradigma interpretativo se constituye en privilegiado para la explicación de la participación de los sujetos colectivos en el cambio político. El problema reside en que las investigaciones en este campo han avanzado aún poco y que, cuando lo han hecho, han mostrado una aguda tendencia a desarrollar más la historia de los de abajo que una historia desde abajo. A pesar de esto, considero que uno de los problemas centrales para el despliegamiento explicativo y investigador de este paradigma es no haber roto totalmente de una forma consciente con las categorías analíticas y descriptivas ofrecidas por las explicaciones dominantes. Esto es cierto en casos, que se pueden reseguir en investigaciones menores de esta línea, como el concepto de familias ideológicas dentro del régimen, tan caro a este tipo de explicaciones, o al establecimiento de un vocabulario de

---

<sup>4</sup> E. P. THOMPSON, *Agenda para una historia radical*. Barcelona, Crítica, 2.000, pág. 11.

análisis que permita reseguir la dinámica entre acción colectiva y política, pero donde creo que el problema reviste problemas más agudos es en la aceptación de la categoría de periodificación conocida como transición.

## **2- El cambio político en la transición. ¿Es la transición una construcción ideológica?**

El período conocido como transición democrática es un momento privilegiado del cambio político. La misma denominación de transición, para un período aún mal definido cronológicamente, viene dada por la máxima expresión de cambio político posible: el paso de un régimen a otro. Pero ésta no es una denominación ideológicamente gratuita, como tampoco lo es en términos epistemológicos. Su mismo significado semántico (según la Real Academia. *Transición: efecto de pasar de un modo de ser o estar a otro distinto*) nos indica su capacidad de evocación histórica. El período de la transición tendría como característica central, ordenadora de la realidad que pretende describir, *el efecto de pasar de un modo de ser o estar, el franquismo, a otro distinto, la democracia*. Si el período que le antecede y el período al cual precede son calificados por el régimen que ordena su realidad (franquismo y democracia), ella no tiene sustancia propia sino es por su devenir. Su única importancia radica en lo que devino, no en lo que paso fuera de ese devenir, o en lo que podría haber pasado. La línea transitiva, definida no por su principio, ni por su evolución, sino por su final, viene a indicar que ella ya estaba allí previamente, que travesó todo el período y que, finalmente, llegó al período ulterior como no podía ser de otra forma. Extraño es en principio que una ciencia como la nuestra, tan dada a las prevenciones teleológicas, haya aceptado este término sin dedicarle prácticamente una sola raya crítica. Pero para lo que nos ocupa aquí, el problema va más allá de esta extrañeza. No es raro, en definitiva, que cuando la casta de Clío tiene contactos demasiado ardientes con la historia del presente no vea la viga que se encuentra en su ojo, siendo una excelente observadora de la paja en ojo ajeno.

Parece evidente que esta calificación, no meramente descriptiva, del período es funcional a ciertas ideologías y a las interpretaciones históricas que le son orgánicas. Como mínimo en

dos sentidos, si acaso uno con efectos más prosaicos que otro. En el primer sentido, que vendremos a nombrar efecto túnel de lavado, la construcción ideológica del período, permite restaurar legitimidades y certificar las actitudes de gran parte de nuestros dirigentes políticos, sociales y culturales contemporáneos. Yendo al grano, la construcción de un período conocido como transición –cuando se podría haber optado por aceptar que el franquismo como régimen institucional, como realidad de *iure* y de *facto*, siguió existiendo después de la muerte de Franco, terminando con la instauración del régimen democrático– permitió que muchos dirigentes del franquismo se presentasen ante el nuevo régimen democrático ya no como dirigentes de un régimen dictatorial, sino como líderes de un proceso que ya era desde sus inicios –puesto que el período *in toto* es de transición– democrático. No serían ni siquiera demócratas convertidos, serían ellos mismos, a pesar de haber dirigido un régimen como el franquista, hacedores de las libertades en España. Así, en los casos más paradigmáticos, Adolfo Suárez no sería un dirigente del *Movimiento*, sino el hábil piloto del proceso democratizador; Manuel Fraga no sería uno de los ministros más destacados del régimen franquista, ni incluso el ministro de gobernación que en el período denominado transición protagonizó alguno de los momentos represivos más duros (hechos que, como los de Vitoria, quedarían fuera de la línea transitiva con la que poco cuadran<sup>5</sup>), sino un reformista del primer gobierno de la monarquía, la cual cosa ha dejado poco espacio para dilucidar que tipo de “reformismo” representaba Fraga, ya que el fin marca el principio y todo reformismo en la transición está en la línea que lleva a la democracia; o, finalmente, el rey no sería en el período llamado transición un monarca instaurado por un dictador, que ejerció hasta su refrendo constitucional como continuador de la dictadura, sino aquel cabeza de estado que desde una gran clarividencia habría sabido llevar a buen puerto los destinos del pueblo español. En definitiva, la construcción de un período conocido como transición sustituiría la legitimidad de origen, nunca mentada para un período básicamente transitivo, por una legitimidad de ejercicio construida desde su final. Sin dilucidar nunca si éste era realmente el final que buscaban las elites sociales y políticas

---

<sup>5</sup> Normalmente estos hechos son atribuidos a la acción de grupos minoritarios y presentados como “*acicates para el mutuo entendimiento*” entre la oposición y un gobierno que reaccionaba para que no se repitieran, como si este último no tuviese ninguna responsabilidad en los mismos. La cita en: Paloma AGUILAR, “La amnesia y la memoria: las movilizaciones por la amnistía en la transición a la democracia”, p. 344, en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid, Alianza Universidad, 1997, pp. 327 – 257

y por el cual ejercitaban su acción. En este marco no deja de tener sentido que, para el caso español, se siga aceptando que la transición democrática empezó con la muerte de Franco, sin distinguir entre la fase de liberalización (gobierno Arias) y la fase de democratización (gobierno Suárez), como postulan los teóricos de la transición fuera de nuestras fronteras<sup>6</sup>. El efecto túnel de lavado habría eliminado así cualquier duda o pregunta sobre un pasado demasiado comprometido y garantizaría, según una canción catalana, que finalmente todos iremos a parar al cielo de las bondades históricas. De hecho, cuando muchos comentaristas se lamentan del pacto de la desmemoria histórica, que “echó al olvido” la guerra civil y el franquismo, como efecto perverso de la transición, no parecen caer en la cuenta que la misma transición, como categoría descriptiva comúnmente aceptada, ya es inherentemente una construcción desmemoriada y desmemoriadora.

Hay un segundo sentido para esta construcción, que nombraremos en este caso efecto de conversión de las consecuencias en causas, con mayor calado para el orden institucional y político que la supervivencia y rearmamento legitimador de ciertas elites sociales y políticas. En este caso no se trata de dar certificados de garantía a los dirigentes franquistas, sino de reforzar a una serie de instituciones, discursos y valores políticos que a pesar de su solidez actual se movieron en una gran debilidad en la génesis de nuestra democracia. Es, de hecho, este carácter genético del período conocido como transición, que le otorga un papel normativo directo para nuestro orden presente, el que ha llevado a realizar una operación de grandes consecuencias en la construcción de la memoria histórica, de la memoria democrática en este caso, para reforzar la legitimidad de las instituciones y valores que rigen parte de nuestro sistema democrático. Así lo que fueron consecuencias del modo determinado en que concluyó el proceso de cambio político, como el reforzamiento de una monarquía con problemas de legitimidad más allá del franquismo, la moderación como valor clave del período final del cambio político, la autocontención de los sujetos sociales o el papel central otorgado a los dirigentes políticos por encima de las organizaciones colectivas, se convirtieron en los ejes explicativos del cambio político. Y en este proceso de inversión, donde los efectos finales se convierten en el principal motor del

---

<sup>6</sup> Para esta cuestión ver: Rafael DURÁN, *Contención y transgresión. Las movilizaciones sociales y el Estado en las transiciones española y portuguesa*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000, pp. 54 – 55.

cambio, toda noción de lucha, acción colectiva y conflicto desapareció de la narración histórica, si no era presentada precisamente como un freno a la actuación de las instituciones, personas y valores que trajeron la democracia a España.

La funcionalidad normativa, ideológica, social y política de la construcción de la transición como período histórico, abarca más campos, y contiene más implicaciones para nuestro presente, de los anunciados aquí. Afecta al papel social que se otorga a los sujetos colectivos en nuestro presente, a la legitimación y deslegitimación de valores, a las posibilidades reales de articulación de una memoria histórica democrática de los más. Pero esto forma parte de la reflexión histórico-política. Ésta interactúa con las motivaciones, necesidades y posibilidades de la construcción de la ciencia histórica, pero el problema que aquí se nos presenta va más allá de estas consideraciones y entra en el campo propiamente del análisis histórico. Sobre todo cuando éste pueda pretender la articulación de una historia desde abajo del cambio político. Aceptando sin más las categorías propuestas por el paradigma dominante podremos intentar llenarlas de un material histórico diferente al tradicional, incluso podemos reconfigurarlas una a una, explicando la otra cara de la moneda de la historia política tradicional, pero finalmente quedaremos atrapados, y con nosotros gran parte de la experiencia histórica que pretendemos relatar, en un callejón sin salida. No solamente porque aceptar sin más una cronología es aceptar ya unas reglas de juego, sino también porque la denominación del período conocido como transición presupone una serie de restricciones a las posibilidades de la investigación.

La construcción historiográfica de este período, precisamente como período que contiene como característica inherente su carácter transitivo, limita la investigación seleccionando el conjunto de problemas relevantes a tratar, marcando el tiempo en que se desarrollan estos y expulsando aquello que no se mueva en este conjunto ni en este tiempo. Y si esto afecta a cualquier mirada que el historiador evoque sobre el período, es especialmente intenso en el intento de articular una historia social del mismo. Si ésta se refiere a la amplitud de fenómenos que se produjeron en el campo de los sujetos sociales durante estos años, se moverá en los parámetros de una historia de los de abajo, pero no podrá articular una historia desde abajo. Nunca encontrará una genética interpretativa que le permita realizarla

mientras no se replantee el problema global del período. Su aportación será aditiva, de tipo cuantitativo (aparte de los reyes y dirigentes en el mundo también existían trabajadores, vecinos, movimientos, etc.), llenará vacíos para la narración histórica. Pero nunca cualitativa fundando una nueva explicación, una nueva narración. Si, por el contrario, lo que se pretende es realizar una historia social de la política de un período que se define básicamente por la dinámica política, ésta siempre se encontrará encorsetada en los parámetros de la historia política más tradicional. Al contrario de lo pretendido, la historia social se verá diluida en la historia política. Una historia política que determinará las categorías de la historia social, los elementos que pueden ser significativos de ella, y que de hecho se irán repitiendo de forma tautológica en cada nueva realidad que se pretende explorar. Se conseguirá así que la historia social sea invitada a la narración histórica general del período –un capítulo de Victoria Prego le será dedicado–, pasando un cepillo a contrapelo de la misma, mostrando la otra cara de la moneda, pero nunca podrá pretender ser la base de la transformación de la narración central de la transición. Probablemente porque ésta no es transformable: o la realidad social se adapta a ella o es obviada, no permite mucho más juego. Tal como afirmaba el historiador Holm – Detlev Köhler, en el fondo *“no se trata sólo de que no se toma en consideración la influencia de ciertos factores, sino que queda deformado el objeto central mismo (...) La teoría de la transición tiende a difamar los movimientos de oposición democráticos calificándoles de desestabilizadores (...). El rechazo de toda relación entre las transformaciones socioeconómicas, reivindicadas por los movimientos democráticos de masas, y el cambio de régimen político presenta dos facetas: por una lado, esa relación, al romper el marco conceptual de la teoría, exigiría una reformulación básica; por otro lado, los movimientos de protesta sociales y económicos no serían susceptibles de ser denunciados sin más como desestabilizadores (...) Lo que hace es escamotear la definición al eliminarlos, lo mismo que todos los movimientos sociales y organizaciones de intereses, del círculo reducido de lo que es objeto del planteamiento. En general aparecen bajo categorías como “movilización de la población”, “pluralismo social” o “retorno de la sociedad civil”, denominaciones todas ellas de fenómenos marginales no más especificados. Se les concede un espacio sistemáticamente más amplio sólo en la teoría de la consolidación democrática*

(...) *proceso ulterior a la transición*”<sup>7</sup>. Y esto por diversos motivos, todos ellos con un trancó común.

La misma concepción de la transición como período autónomo conforma este tronco común. Su existencia como categoría de ordenación histórica hace ineludible la existencia, como característica central y ordenadora del período que se pretende acotar como realidad histórica, de una línea que comprendería su inicio, desarrollo y final. No se trata de una línea neutra. Todo lo que no se encuentre en esta línea, todo aquello que no explica su existencia unívoca, deja de ser un dato significativo que, como mucho, es introducido como un mero freno a la línea o un espectador que la aplaude. Lo que ha estado definido a priori de la investigación la cierra en muchos sentidos. Es más, la narratividad lineal dominante acaba por expulsar, vaciar, de la realidad que intenta explicar todo aquello que les resulte molesta para mostrar su despliegue. Despliegue constante, sin retrocesos, si no son para avanzar –en este sentido la línea admite cierta espiral hegeliana para evitar su propia rotura en la confrontación con la realidad. Se construye así un tiempo homogéneo, donde constantemente se transita hacia el presente, y vacío, que finalmente pisa, subordina o subsume, la complejidad social en una sola narración. La polifonía se convierte en una sola voz. El resultado final del proceso histórico ordena, en este sentido, toda la investigación. En un marco donde los sujetos colectivos, y por tanto parte de la historia social, sólo podrán ser explicados de forma autónoma en una historia paralela, o bien serán incorporados a la narración cuando adopten sus mismas características. En este último sentido, los sujetos incorporados serán también homogéneos, siempre nadarán a favor de la línea, y vacíos, ya que todo lo que en ellos no se mueva en el sentido marcado será debidamente esquilado de su realidad. Operación de incorporación difícil, pero no imposible, como han mostrado los trabajos de Fishman<sup>8</sup>, postulando que la principal aportación de los sujetos sociales al cambio político fue su propia autocontención dejando desarrollar el proceso sin intervenir en él; o bien los trabajos, que en otro marco, han intentado mostrar como los principales conflictos y movimientos sociales contenían los

---

<sup>7</sup> Holm – Detlev KÖHLER., *El movimiento sindical en España*. Madrid, Fundamentos, 1995, pág. 23.

<sup>8</sup> Robert FISHMAN, *Organización obrera y retorno de la democracia en España*. Madrid, s. XXI-CIS, 1990.

valores, programas y demandas que se presuponen al período de la transición<sup>9</sup>, reproduciendo tautológicamente sus preceptos. Se tendrá que convenir de todas formas que este proceso difícilmente se realiza sin violentar la realidad histórica –caso patente en el análisis de los movimientos por la amnistía política que nunca tuvieron entre sus objetivos centrales la reconciliación con el franquismo, sino la liberación de los presos antifranquistas–, o sin eliminar, o disminuir, las cronologías problemáticas para sobredimensionar aquellas congruentes con el paradigma propuesto, como se puede observar en el análisis de los movimientos sociales de este período como agentes básicamente inhibidos ante el proceso político.

Desde la perspectiva programática que se defiende aquí, la realización de una historia desde abajo del cambio político sólo es posible a partir de un giro copernicano en el campo de la historiografía. Giro que compete especialmente a la historia social, ya que como hemos intentado mostrar es la que se ve más afectado por la axiomática que conforma la definición de la transición política como período histórico. Operación que sólo se podrá realizar desde la ruptura con la categoría, analítica y no solamente descriptiva, de la transición. De hecho, des del punto de vista adoptado aquí, romper con ella significa liberar todas las fuerzas, tensiones, experiencias y procesos que se encuentran atrapados en una red de presupuestos teóricos poco explicitados, para retornar a una historia social de la política compleja. Y, como no puede ser de otra forma, la primera ruptura tiene que empezar por la principal característica de este campo naturalizado de análisis conocido como transición, su ordenación cronológica. Solamente a partir de esta primera ruptura, que nada tiene de inocua tal como se podría pensar en primera instancia, podremos articular las nuevas categorías de análisis y ordenación del material histórico necesarias en el camino para construir una historia no tan sólo de los de abajo, sino de una historia desde abajo. No se trata de hacer como hasta hoy, luchando categoría por categoría, interpretación tras interpretación, para conseguir dilucidar en cada aspecto concreto cual es la aportación de los de abajo, sino de producir una ruptura con el modelo global. De otra manera nunca

---

<sup>9</sup> Paloma AGUILAR., *La amnesia y la memoria...*; Emilio LARAÑA., *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid, Alianza Universidad, 1999; Rafael MORALES, *Transición política y conflicto social. La huelga en la construcción de Córdoba en 1976*. Córdoba, Ediciones de La Posada, 1999.

conseguiremos no quedar atrapados en la narración general. No se puede pretender articular una historia diferente desde los grandes puntos de partido definidos por la historia tradicional de las elites. Que éstas tengan una gran capacidad, y una fuente inagotable de herramientas, para definir la realidad, no significa que esta definición responda a la realidad histórica, como tampoco que ésta no pueda ser vista desde una mirada radicalmente diferente.

### **3- El cambio político: cronología y aproximaciones.**

La relación entre cambio político y movimientos sociales, excepto en contadas ocasiones, ha estado tradicionalmente recluida dentro del periodo conocido como transición. Cosa bastante normal si asumimos, tal como hemos afirmado anteriormente, que la mayoría de explicaciones al uso remiten el cambio político durante el franquismo a la dinámica establecida entre los grupos dirigentes del mismo o a los efectos de la modernización económica. Tan sólo durante la transición la relación entre movimientos sociales y el cambio político emerge en la narración histórica, probablemente porque sólo mirando los extraordinarios índices de conflictividad en este período ésta es ineludible. Pero siempre según los parámetros anunciados antes, o bien en explicaciones que intentan entender como afectó el cambio político al carácter de los movimientos sociales<sup>10</sup>. Inversamente, desde la ruptura anunciada anteriormente, aquí se propone la utilización de una cronología completamente diferente para esta relación. No se trata de negar que la muerte del general Franco, y las incertidumbres que generó, abrió un período con una lógica propia que afectó a las diferentes esferas sociales, sino de poner en duda que este período signifique la muerte del franquismo, ni que sea realmente autónomo de la dinámica del tardofranquismo. De hecho la ruptura clara, en aquello que se refiere a los movimientos sociales, es posterior a la muerte de Franco. Se empieza a gestar a principios de 1977 y llega a su plena plenitud con la instauración de la democracia. Tampoco propondremos aquí una alternativa global a la periodificación de la historia de España, más allá de señalar que para el caso que nos ocupa aquí la ruptura es posterior al inicio del proceso conocido como transición. Tan sólo

---

<sup>10</sup> Línea de investigación que encuentra uno de sus más interesantes, y discutibles exponentes, en: Rafael DURÁN, *Contención y transgresión. Las movilizaciones sociales y el Estado en las transiciones española y portuguesa*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000

constatamos el significado de la periodificación actual para la articulación de la historia social y negamos que la historia de la relación entre movimientos sociales y cambio político se pueda circunscribir al período conocido como transición. La negación de esta periodificación significa así la negación de los paradigmas interpretativos dominantes de la transición. De la misma manera, la ampliación de la periodificación supone la expansión de aquello que se considera cambio político y la articulación de una explicación que introduce la relación entre movimientos sociales y cambio político desde la lógica de los propios movimientos, y no desde la lógica de la historia política tradicional. Finalmente esto tendría que suponer una ordenación del peso de los factores que explican la dinámica social completamente diferente. Pero esto solamente es realizable a partir del avance real de las investigaciones sobre los diferentes factores que concurren en el cambio político, yendo mucho más allá de la historia social, y del establecimiento de una genética que explique como interactúan realmente estos diversos factores. Es patente que no nos encontramos aún en esta fase de acumulación historiográfica.

A pesar de esto, para lo que afecta al cambio político desde abajo, la cronología *grosso modo* iniciaría esta relación no en 1975, sino en 1962. En un primer período, extraordinariamente complejo y seminal en muchos sentidos, donde emergerá un movimiento obrero capaz de plantear una conflictividad sostenida que ampliará el ámbito de aquello que era posible bajo el régimen franquista, reduciendo los costos represivos para los nuevos movimientos sociales y las actitudes públicas de desafío al régimen y ofreciendo un amplio repertorio de acciones colectivas que serán utilizadas profusamente en los años posteriores; y creará a su entorno redes de solidaridad, cada vez más amplias, que serán la condición de la supervivencia del nuevo movimiento, al cual ofrecen recursos organizativos y materiales, y la base posterior de la ampliación del antifranquismo en los principales centros industriales del país. Un segundo período de esta relación se iniciará a partir de 1970, después del duro estado de excepción de 1969, cuando el movimiento obrero amplíe su espacio de actuación geográfica y sectorialmente, erosionando las bases sociales del régimen que ven como en uno de sus sentidos últimos –el control y encuadramiento de la clase obrera– se está mostrando inoperante; cuando aparezcan nuevos movimientos sociales que populizarán la protesta y ampliarán los espacios de confrontación con el régimen; y, a

consecuencia de la incorporación de nuevos profesionales liberales socializados en el movimiento estudiantil a la vida adulta, y de la acción del resto de movimientos sociales, emerja una nueva sociedad civil que irá tiñendo de un nuevo color la realidad social; como producto de todo lo anterior la confrontación con el régimen dejará de ser meramente política, incluso específicamente reivindicativa desde la realidad concreta que era la principal aportación de los movimientos sociales en el período anterior, para afectar a la percepción en los principales centros industriales del país de que se están confrontando dos modos de vida completamente diferentes en una batalla por la hegemonía social, cultural y, finalmente, política. La muerte de Franco inauguraría el tercer período de esta relación, en el cual los diferentes tiempos sociales, culturales y políticos se tensaron, ensamblándose de una forma extraordinaria, y los movimientos sociales con su acción hicieron inviable cualquier proyecto de mera reforma política imponiendo una agenda política al régimen que determinaría su desaparición. Habría un período final de esta relación, iniciado en 1977, donde la configuración de los movimientos sociales pasaría ser más consecuencia que causa del proceso de cambio político, cuando éste inició su preinstitucionalización, a la vez que la crisis económica empezaba a diezmar el tejido social que sustentaba a estos movimientos sociales. No es extraño que, en este sentido, ésta haya sido la etapa privilegiada para introducir a los movimientos sociales dentro del paradigma dominante de la transición.

Probablemente habría más posibles etapas de esta relación, hasta abarcar prácticamente todo el período franquista, pero creo que la acción del antifranquismo y de la acción colectiva anterior a 1962 tuvo efectos más limitativos para el despliegamiento del proyecto franquista que no incidencia real en el cambio político. Evidentemente ésta es una cronología difícil que demanda una investigación atenta y adaptada a cada período, más cuando hablamos de la historia de una relación, de la historia de una parte de la dinámica social, y no de una organización o movimiento *strictu sensu*.

Así en las primeras etapas de esta periodificación la metodología utilizada habrá de permitir afinar mucho más en los análisis micro, no dejando que nada pueda pasar desapercibido. El análisis teórico tendrá que estar bien armado epistemológicamente en este sentido. La característica central del período, para lo que afecta a esta relación, se refiere a los cambios

en las formas y posibilidades de la acción política que cambian el espacio de esta acción, a la vez que transforman el espacio en que se mueve el régimen y, por tanto, en cierta manera, al mismo régimen. Así la mirada deberá prestar atención a los espacios concretos, aparentemente poco espectaculares, y observar en ellos qué cambia y el valor real de estos cambios. Los significados y la encarnación de las prácticas que conllevan no pueden ser menospreciados a la ligera en este campo de análisis. De esta manera veremos que las palabras dichas por un joven, en una de las asambleas fundacionales del nuevo movimiento obrero durante los años sesenta, – “*que aquello era público, que allí podía ir todo el mundo y que iban a tratarse los problemas de los trabajadores.*”<sup>11</sup>– no son irrelevantes para comprender cómo en un universo saturado como era el franquismo la voluntad de actuar públicamente, de construir una oposición basada en los problemas concretos de las personas y hacerla abierta para todo el mundo que quisiera participar en ella, independientemente de su (no)adscripción política, había de significar en caso de que el nuevo movimiento sobreviviese un cambio de primer orden en aquello que se refiere a las posibilidades de la acción política; o bien que, en esta voluntad de ser públicos de los nuevos activistas, un elemento tan esencial para la interacción entre régimen y oposición como es la represión, también se tuvo que transformar radicalmente, deviniendo en una represión pública que hace falta estudiar en su evolución y capacidades durante este período; o bien que esa misma transformación cualitativa de la represión, en una represión pública, decantó actitudes y inició la transformación de la sociedad civil en la cual estaban inmersos los nuevos movimientos sociales; o bien que... En definitiva se tendrá que estar atento en cada ámbito concreto a pequeños grandes cambios que pasarían desapercibidos para la historia política tradicional y que en cambio son esenciales desde la perspectiva adoptada aquí.

En cambio, la tercera fase de esta periodificación demanda una metodología de aproximación diferente. Si antes la relación entre movimientos sociales y cambio político es una relación que se refiere a la ampliación del ámbito de aquello que era posible bajo el régimen franquista, a la erosión de las bases constitutivas del franquismo y a una lucha

---

<sup>11</sup> ARCHIVO HISTÓRICO DE COMISIONES OBRERAS DE CATALUNYA, “Entrevista a Ginés Fernández Pérez”, Sabadell, 2000. *Proyecto de biografías obreras. Fuentes orales y militancia sindical (1939-1978)*. AHCCOOC.

planteada en términos de hegemonía social, cultural y política en los vasos comunicantes que establece una sociedad progresivamente cada vez más compleja, ahora ésta se hace más directa. En términos gramscianos: se pasa de una fase donde el peso central residía en la lucha de posiciones, a una fase donde la punta de lanza se encuentra en la guerra de movimientos. En este sentido los análisis serán mucho más políticos y las herramientas de la historia política tradicional se usaran de nuevo. Pero éste análisis no partirá solamente de la acción de gobierno, de los intereses y estrategias de los diferentes actores en pugna, o de la correlación de fuerzas en una situación dada, sino que tendrá que centrarse también en lo que es un período que impregna extremadamente la realidad social de política, de una forma de hacer y entender la política lejos de los usos clásicos de la misma. Así tendrán que examinarse de una nueva manera los calendarios de conflictividad, y comprender los cambios sustanciales que se produjeron en sus motivaciones, activadores y efectos en este marco<sup>12</sup>, entendiendo que nunca se puede analizar del mismo modo, como se realiza a menudo, la politización y lo que significa cuando hablamos de políticos profesionales que cuando hablamos de sujetos sociales. En este sentido, el cuadro de análisis tendrá que ir de los sujetos sociales a las elites políticas, sean estas del régimen o de la oposición, y de las elites políticas a las fuerzas sociales en un camino multidireccional.

En general este no es un camino fácil –seguro que no tan fácil como la historia del cambio político al uso. Hace falta en primer término establecer una genética concreta para cada período entre cambios económicos, sujetos sociales, movimientos, oposición antifranquista y cambio político. Y, más allá, fuera de la historia social para entrar en el campo de la historia en genérico, finalmente las nuevas interpretaciones provenientes de la historia desde abajo habrán de incorporarse a una interpretación general de la dinámica y la estática durante el franquismo, que establezca el peso y la dialéctica entre los factores endógenos y exógenos que determinaron el desarrollo y final del régimen. Pero antes la historia social del período habrá establecido en paralelo sus propios términos, categorías y vocabularios para comprender la historia política fuera de las imposiciones y encorsetamientos que le puedan imponer los paradigmas dominantes. Tan sólo andando este camino podremos

---

<sup>12</sup> Para un análisis en este sentido: Xavier DOMÈNECH, “El problema de la conflictividad bajo el franquismo: saliendo del paradigma”, pp. 129 - 137, *Historia Social*, número 42, 2002, pp. 123 – 143.

introducir los sujetos colectivos dentro de la narración histórica, no sólo como figurantes, sino como protagonistas activos de su propia historia, haciendo significativa su experiencia para nuestro presente. Pero este no puede ser un final, o no puede serlo por sí solo, porque esta propuesta esconde una realidad que tampoco podemos desconocer.

#### **4- La posibilidad de una historia no lineal de los de abajo:**

Probablemente la realización de esta nueva interpretación acabaría por romper los paradigmas sobre la transición. Es más aquí se ha defendido que esta ruptura deber ser precisamente el punto de partida. Pero seguiremos manteniendo una línea entre pasado y presente. De hecho lo que está en juego en la tarea que tiene el historiador por delante de pensar históricamente el presente, según la afortunada expresión de Vilar, es saber a quien debemos nuestras libertades. Si éstas son tan sólo producto de la acción de las elites dirigentes o de los efectos benéficos de la modernización económica, o si bien el peso central lo hemos de poner en los sujetos colectivos. Es por eso que toda narrativa histórica, y más cuando hablamos de períodos tan cercanos a nosotros, pretende comprender y explicar las líneas que van de nuestro pasado al presente, y de hecho extraer también conclusiones –deterministas, analógicas o simplemente orientativas– hacia el futuro. No hay nada objetable en esta intención, que afecta más a los usos y a las decisiones programáticas que tomamos sobre nuestra ciencia que a su carácter científico. El problema reside en que incurrimos en el peligro, frente a una historia elitista o una historia economicista, de articular una historia populista. En un primer sentido porqué asumimos que la acción colectiva de los sujetos sociales “*está dominada por la hipótesis de una contradicción principal que, una vez resuelta, transformaría la visión de poder en su sustancia*”<sup>13</sup>. La existencia de la línea, aunque ésta este conformada ahora por los de abajo, sigue determinado cual es el problema principal: el problema del paso de un régimen a otro. Y, tal como nos avisaba Benjamín, toda historia lineal es, en cierto sentido, una historia homogénea y bacía<sup>14</sup>. Si acaso, en la historia de la transición, por la misma definición del

<sup>13</sup> Ranahit GUHA, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona, Crítica, 2002, pág. 25.

<sup>14</sup> Lo que le llevó al extremo de negar cualquier linealidad posible en los usos del tipo de historia que él proponía. Cosa, por otro lado, comprensible, si entendemos que cuando Benjamín escribía estas reflexiones se encontraba, como judío comunista alemán, exiliado en el París a las puertas de la invasión nazi, con lo cual no

período, estos caracteres se acentúan y se acentúan en un sentido muy determinado. Pero eso no significa que la historia del cambio político, que en este caso tampoco pretende constituirse en un período o en una propuesta globalizadora del desarrollo histórico, en cierta manera no los reproduzca. Lo cual resulta meridianamente claro cuando el historiador de los movimientos sociales se enfrenta al debate con los mismos sujetos que quiere historiar en el proceso de construcción de las fuentes orales. Al intentar extraer de ellas aquellas experiencias que son significativas para el tema propuesto, el cambio político, en la operación se obvian, se dejan de escuchar, las experiencias que no marcan el camino de este cambio. Aquello que no trascendió al proceso histórico, que es tan rico en términos de experiencia histórica como lo que trascendió, no es relevante para el investigador del cambio político. Probablemente la línea desarrollada en este sentido desde la historia social afectará a más personas, tendrá en cuenta mayores complejidades sociales, pero no podemos negar que de nuevo se vaciará de gran parte de la experiencia social en aras de la explicación de la línea. Para las ideologías del progreso, para la interpretación estatista que denuncia Guha incapaz de escuchar los susurros de la historia, esto no tendrá la menor importancia: tan sólo aquello que trasciende, sólo aquello que afecta a la configuración final del estado, es válido en términos históricos. Pero para aquellos que, con Gramsci, creen que la historia “*se refiere a los hombres –y mujeres– vivos, y todo a lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos.*”<sup>15</sup>, este problema no puede ser obviado sin más.

En lo que se refiere a la historia del cambio político esto significa que a la historia lineal desde abajo –una historia que rompa con las línea establecida actualmente y permita repensar el presente desde nuevas latitudes– habrá que añadir, articular, una historia no lineal desde abajo, escuchando los susurros que el ruido de mando nos ha impedido oír. Sólo en este sentido podremos construir, combinando las dos perspectivas, una historia no populista de nuestro presente, una historia que no sea un *happy end* sin más, una historia

---

le quedaba ninguna continuidad histórica que defender, ninguna línea que le conectase con el pasado, en el ocaso de la modernidad ilustrada. Walter BENJAMIN, “Tesis de filosofía de la historia”, en Walter BENJAMIN, *Discursos interrumpidos*. Barcelona, Planeta, 1994, pp. 175 – 191.

<sup>15</sup> Carta a Delio en Antonio GRAMSCI, *Antonio Gramsci. Antología*. Madrid, s. XXI, 1988, pág. 511.

desde abajo que no traicionará a los sujetos que pretende historiar. Enterradas parte de sus esperanzas en el proceso histórico, ninguna falta les hace que, en aras de una historia de los más, las enterremos nosotros de nuevo. Haremos así una historia que nos mostrará la complejidad del proceso histórico, donde las derrotas son victorias y las victorias derrotas, donde se mostrará cómo nuestro presente está construido tanto desde los sueños de nuestro pasado como desde sus cenizas. Nos centraremos así, no tan sólo en lo que fue, en lo que es, sino también en lo que podría haber sido, en lo que aun podría ser. Sólo así haremos significativa toda la experiencia histórica.